

Pasión, tragedia y venganza en una emocionante
saga ambientada en una colonia textil.

EL SUEÑO DE LA FAMILIA GRESPI

ALESSANDRA
SELM

ALESSANDRA SELMI

EL SUEÑO
DE LA FAMILIA CRESPI

Traducción de Carlos Gumpert

Título original: *Al di qua del fiume*

© 2022 Casa Editrice Nord s.u.r.l.

Gruppo editoriale Mauri Spagnol

Publicado de acuerdo con Lorem Ipsum, Agenzia Editoriale Milano

© por la traducción, Carlos Gumpert, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Mapa de Italia: © Salomart

Ilustraciones del interior: © Freepik

Esta obra ha sido traducida con la ayuda del Centro per il Libro e la Lettura del Ministerio de Cultura italiano.



**CENTRO
PER IL LIBRO
E LA LETTURA**

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-08-28546-5

Depósito legal: B. 2.088-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Boltiere, Bérgamo, enero de 1877

Las campanas de la iglesia repican siete veces, el sonido llega atenuado a través de los postigos medio abiertos. Carlo Vitali abre los ojos y siente que los de su esposa Amalia lo observan en la oscuridad. ¿Cuánto tiempo lleva así?

A través del comedor, que separa la habitación del resto de la familia, llega un golpe de tos, luego el crujido de la madera y a continuación un breve ruido de pasos. Todo el mundo está despierto ya. Solo la pequeña Emilia sigue dormida, en la camita pegada a la pared junto a ellos, y emite un débil silbido.

En el fino cristal de la ventana, el invierno ha dibujado flores de hielo. Amalia saca una mano del edredón y se estremece, luego le hace una lenta caricia a su marido. Es su silenciosa manera de darle los buenos días, su momento de intimidad antes de que la casa recobre la vida. Le pone el dedo índice sobre los labios; él le besa la palma.

La tía Maria está ajetreada con la estufa, que como de costumbre no quiere encenderse. El aroma a madera húmeda y a humo se expande por el aire. Por detrás de la cortina que separa las habitaciones flota la sombra de papá Renato; abre la puerta, maldice el frío y luego sale a vaciar la vejiga y a ordeñar la vaca. Desde fuera llega un bramido: Teresina lo ha reconocido. Las hermanas de Amalia no tardarán en levantarse y encontrarán leche caliente en la que mojar un trozo de la polenta que sobró ayer.

Carlo atrae hacia sí el menudo cuerpo de su mujer, que se da la vuelta y se acurruca entre sus brazos. La estrecha con fuerza y siente que una emoción indescribible se abre paso en su corazón. Es un día importante, aunque no sabe por qué.

Hace ocho años que no ve al patrón. «Habrá envejecido», piensa Carlo, por más que los ricos envejezcan mejor. Se despidieron con un nudo en la garganta; el patrón tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas, le había prometido que volvería, pero luego desapareció y, cuando Carlo recibió ayer el mensaje, ya había dejado de confiar en su regreso.

Mi buen amigo:

Si hasta ahora no has tenido noticias mías es porque la marcha de mis asuntos no me ha permitido escribirte antes. Nuestra separación ha sido larga y dolorosa, pero tengo la esperanza de que termine pronto.

Te escribo para decirte que, si Dios quiere, mañana a las once horas estaré en la zona del Fosso Bergamasco con noticias importantes que afectan a tu persona. Mantengo, por lo tanto, la palabra que te di y te agradeceré que me hagas el favor de acudir puntual a la cita.

Mientras espero el feliz momento de volver a abrazarte, recibe un buen apretón de manos de tu amigo,

Cristoforo B. Crespi

P.D.: Espero que tú, tu mujer y la niña estéis bien y gocéis de buena salud.

Fue Emilia quien se lo leyó, despacio pero segura, orgullosa de poder mostrar a su padre lo que ha aprendido. También sabe hacer cuentas. Este verano, tras la escolarización obligatoria, empezará a trabajar; un primo de los Vitali que tiñe ropa para un mayorista de Trezzo le ha prometido a Carlo buscarle un sitio.

Cuando Amalia le explicó que ahora que tenía nueve años se había hecho mayor y que los mayores debían trabajar, los ojos de Emilia se dilataron como charcos, pero no lloró: permaneció inmóvil, conteniendo la respiración, mirando fijamente la espalda de su madre mientras esta volvía a trastear en la cocina, como si no hubiera nada más que añadir. Y, en efecto, no lo había.

Para su única hija, tan largamente deseada, Carlo soñaba con un destino diferente. No cabe duda de que Emilia tiene suerte: cuatro años de colegio son más de lo que les correspondió a sus padres, es decir, nada. Pero la niña tiene una inteligencia viva, es curiosa, le gusta estudiar: si siguiera adelante, tal vez podría aspirar a algo más que a romperse la espalda metiendo paños en cubas durante el resto de su vida.

Una mano invisible aprieta los intestinos de Carlo, luego le invade una felicidad inexplicable y no puede contener una sonrisa. Quizá sea una premonición, o quizá solo una esperanza. No sabe lo que quiere de él —el mensaje no lo dice—, pero el patrón ha vuelto. Ha cumplido su promesa.

El cálido cuerpo de Amalia se adhiere perfectamente al suyo, podrían ser incluso una sola criatura. Él recorre su muslo, buscando el punto donde acaba el camisón y empieza la piel.

En la habitación de al lado, la tía Maria trasiega con la estufa sin preocuparse ya por no hacer ruido. En el lenguaje silencioso de la familia significa que es hora de levantarse, aunque aún no se atreva a entrar en la habitación para sacarlos de la cama.

Amalia se inquieta un poco, detiene la mano de Carlo, que está subiendo por su muslo desnudo, y la lleva de nuevo a la altura de su estómago. Siente ese cosquilleo que tan bien conoce, prelude del pecado, y de repente ya no tiene frío; es más, le gustaría apartar las sábanas.

En el comedor la tía Maria deja caer una olla. Eso significa que ya es demasiado tarde. Pronto se dejará de pudores y entrará en la habitación para abrir las contraventanas.

Carlo piensa que tal vez quede tiempo aún para sentir el cuerpo de su mujer contrayéndose de placer ceñido al suyo. Pero algo se quiebra de repente.

Amalia se aleja con brusquedad, aparta su mano con hastío y luego se vuelve para mirarle con reproche. En la penumbra no puede verla, pero Carlo sabe que está apretando los labios hasta hacerlos desaparecer, dividida entre la vergüenza por haberse arriesgado a ceder al placer y el odio hacia él, que le habría proporcionado ese placer con mucho gusto.

Como todas las criaturas frágiles, Amalia puede llegar a ser muy fuerte, sobre todo cuando tiene que castigarse a sí misma. Salta de la cama, abre de golpe las contraventanas sin molestarse en cerrar los cristales y se queda quieta un instante, sintiendo que el frío le punza las plantas de los pies y se eleva desde el suelo hasta paralizarle las piernas. Mantiene la mirada fija en el gran crucifijo que cuelga sobre la cómoda.

En la camita de al lado, Emilia se revuelve bajo las sábanas; debe de haberla despertado el frío. Amalia se ve sacudida por una especie de sollozo que hace vibrar todo su cuerpo, como si hubiera vuelto en sí de una pesadilla para encontrarse allí, de pie, delante de la ventana, abierta de par en par al patio.

Carlo logra captar su consternación, se levanta de la cama y se dispone a abrazarla. Pero ella se aparta y, con la cabeza gacha, se apresura a entrar en el comedor.

—¿Qué haces caminando descalza? —la regaña la tía María.

En ese instante entra papá Renato. Las hermanas de Amalia ya se están peleando por quién llevará el sombrero, ya que solo tienen uno y deben turnárselo.

Carlo cierra la ventana, luego se sienta en la cama de Emilia, la arropa y le dedica una larga caricia.

—Duerme un poco más —le dice—. Aún es temprano.

Espera a que ella vuelva a adormecerse y saca su traje de los domingos, aunque hoy no sea domingo. La cita es a las once, pero decide marcharse de inmediato, sin probar siquiera boca-

do. Se despide de su familia con un gesto de la cabeza, luego se inclina sobre Amalia y le da un beso en la mejilla.

Ella le agarra de la chaqueta como si se aferrara a la vida. «¡No te vayas, no me dejes!», le implora con la mirada. Él le sonríe. A pesar de todo le parece hermosísima, especialmente ahora, con el pelo corvino suelto sobre los hombros y las mejillas inflamadas por la vergüenza.

Pero el patrón le ha mandado llamar y Carlo cree que esta vez será para bien. No sabe por qué ni qué ni cómo, pero cuando sale se siente feliz. Desde la puerta Amalia lo ve desvanecerse en la niebla y, a lo lejos, lo oye silbar.

Milán

Las escaleras de servicio son estrechas y empinadas; los peldaños, desgastados por miles de pasos, crujen bajo el peso de Fredo, que se agarra a la pared para no caerse. La puertecita se abre con un quejido hacia el pequeño patio interior, húmedo y umbrío. El joven se estremece, luego mira hacia arriba, hacia las ventanas que conoce bien, tratando de captar una sombra o el movimiento de una cortina por lo menos, el indicio de una presencia, un gesto de saludo, la esperanza de un cambio de idea. Nada.

Fredo Malberti imagina el ajetreo de los criados, el mayordomo con la bandeja del desayuno, la fregona con el cubo del carbón, la cocinera mojado el dedo en la salsa. La vida sigue, allí arriba, como antes, pero sin él.

Se ciñe el abrigo y se encamina con la cabeza gacha, los puños apretados en los bolsillos y los dientes contraídos para retener las lágrimas.

Hoy iba a ser un día especial, el día en que se despediría de su vida anterior y cruzaría al otro lado. Parecía el momento oportuno, todo estaba en el lugar adecuado, como si el destino lo hubiera dispuesto todo para que la transición resultara fluida. Fredo había encontrado el terreno, había convencido a los vendedores, había rebajado el precio y engrasado los goznes de la máquina burocrática. El patrón no podría reprocharle que

no hubiera cumplido con su deber, que le estuviera plantando con el trabajo a medias. No, señor; todo perfecto, todo planificado hasta el último detalle, como siempre.

De esta manera habría bajado por las escaleras de la casa patronal con paso ligero, se habría enfrentado a la ciudad con la barbilla en alto, habría montado luego en el landó con un ágil brinco y en el momento oportuno habría mirado a su patrón a la cara y le habría dicho que ya estaba bien, que todo había terminado: que se buscara otro secretario, porque él —Alfredo Malberti— estaba hartó.

Así era como debería haber sido.

Fuera del edificio la niebla es espesa como la nata, no hay nadie, no se ve a un palmo de distancia. Fredo gira a la izquierda por un pequeño puente y sigue recto, caminando pegado a los muros. Se sabe el camino de memoria. Un poco más adelante, el canal se abre en un estanque oscuro, tan profundo que de vez en cuando cae algún borracho y nunca vuelven a encontrarlo.

En la iglesia de San Marco suenan las ocho. Fredo siente que las campanas vibran dentro de sus huesos mientras un pensamiento se extiende como un agujero en su corazón: «¿A qué distancia estará el agua?».

Da un paso, luego otro, conteniendo la respiración. Ayer mismo estaba en La Scala, en un palco, disfrutando de la ópera. Era una persona feliz, con un futuro radiante ante él, bienestar, diversión, amor; o eso creía por lo menos.

Estalla en una carcajada amarga. Doce horas apenas y todo está patas arriba: lo único que tiene ahora ante él es un muelle y ninguna perspectiva mejor que la muerte. Da otro paso.

¿Alguien lo echaría de menos? ¿Irían acaso a buscarlo?

Fredo piensa en su gran amor, que ahora se le aparece como lo que es: una ilusión, un divertimento por el que ha dado la espalda a todo lo demás. La humillación le abrasa con tanta fuerza que le corta la respiración.

Sus pensamientos vuelven a su familia, a aquellos que creyeron en él, que se sacrificaron por él y a los que ha traicionado, a

la granja de Trezzo sull'Adda, no lejos del río que alimenta estos mismos canales. Si Fredo sucumbiera a la llamada del fin, si se dejara caer al agua, sería en cierto modo como volver a casa, o como no haberse ido nunca.

Un paso más, tal vez dos, y su pie no encontraría más que el vacío. Caería como una piedra. La ropa empapada lo arrastraría hasta el fondo, convirtiéndose en su ataúd. Unos instantes desesperados y luego nada: un minuto, el más largo de su existencia, el último.

Fredo aprieta los dientes y avanza un poco más. Al fin y al cabo, este es el único final que está dispuesto a aceptar. ¿Cómo podría volver a su vida anterior? A antes de la ópera y de los palcos de La Scala, de las cenas a deshora y de los platos exóticos, de la ropa elegante, de los carruajes cubiertos, de los criados. Ni siquiera se acuerda de lo que hubo antes de todo eso.

En realidad, se acuerda. Claro que se acuerda.

Unos cuantos meses de libertad no son suficientes para borrar el recuerdo.

La de antes era una vida de mentiras, de vergüenza, de negación. Era un esforzarse por fingir ser otra cosa, por intentarlo: Fredo no quería mentir a las personas a las que amaba, pero tampoco decepcionarlas con la verdad. No puede decirse que no lo haya intentado, pero en algún lugar de su interior, muy en lo hondo, supo siempre que fracasaría. La vida anterior no era más que una representación patética, un guion escrito por alguien que no era él y que mojaba su pluma en el miedo, en el recelo, en la repugnancia.

¿Puede volver a esa vida? Fredo niega con la cabeza y da otro paso.

Luego todo sucede en un instante. Alguien viene caminando con pasos vigorosos sin imaginarse en ningún caso que va a tropezar con un joven con el corazón roto que quiere acabar con todo. En el choque, los dos cráneos se golpean; el dolor que siente Fredo es tan real que casi le sienta bien. El desconocido maldice, le da un empujón, se levanta y se marcha dejando tras de sí un reguero de insultos.

Tumbado en el húmedo adoquinado, Fredo estira una mano para tantear a su alrededor: a poca distancia el muelle se precipita al vacío y por debajo está el agua. Ha faltado poco, y habría sido el final de todo.

Un hilillo viscoso y caliente le resbala por la nariz, Fredo siente en la boca un sabor a hierro que le recuerda a la vida. Intenta contener la sangre con la manga mientras se le viene a la cabeza su padre, su grueso cuello encajado en sus anchos hombros, su piel aún lozana, su frente baja. Las últimas palabras que se dijeron. Le quiere, solo ahora se da cuenta, aunque nunca se hayan entendido.

La idea de morir se le antoja ridícula de repente. Es más, le llena de pavor. ¿Lo habría hecho de verdad? Cobra conciencia de lo aferrado que está a esa cosa dolorosa que es la vida, que no está dispuesto a tirarlo todo por la borda, que aún tiene pequeñas y mezquinas esperanzas en el futuro.

Respira profundamente. Su patrón le está esperando en la carretera de Bérgamo y lleva semanas repitiéndole entre otros gimoteos de viejo fracasado lo importante que es esta oportunidad, que quizá sea la última que la vida le ofrezca.

Fredo no podrá dimitir hoy, pero aún sigue con vida.